

La ciudad de Guanajuato presentaba un aspecto no menos espantoso: en lontananza se oían algunos tiros que indicaban que la matanza aun no había cesado, gritos de furor y gemidos de súplica: segunda parte, en fin, de las escenas de la tarde, á pesar de los esfuerzos y vigilancia de un joven que corría sin temor por todas las calles, tratando de acuartelar á los soldados, ebrios por el vino y el triunfo que acababan de conseguir.

Era Gil Gómez.



CAPITULO XII

DOÑA REGINA DE SAN VÍCTOR.

Dejemos á Hidalgo marchar sobre Valladolid, después de haber permanecido algunos días en Guanajuato, y trasladémonos á una casa de la sumtuosa y sombría calle de las Capuchinas en México.

Serían las cuatro de la tarde cuando un magnífico carruaje, que hacía consistir todo su lujo en un sobrecargo de adornos de plata, según el gusto de la época, se detuvo en el número 5. El lacayo, vestido con una librea color azul, con galones amarillos, se apresuró á abrir la portezuela, quitándose respetuosamente el sombrero, después de haber

dado dos fuertes aldabonazos á la maciza puerta, que estaba completamente cerrada. Luego que ésta se hubo abierto, se apeó del carruaje un hombre cuya fisonomía no se podía contemplar, porque la velaba el emboce de una capa española de la época; habló unas palabras en tono imperativo al cochero, que al oír las dió un latigazo á sus caballos, yéndose á colocar al lado opuesto de la calle, precisamente debajo de las tapias del Convento de las Capuchinas; la puerta de la casa se cerró detrás del desconocido, y todo en esa calle, en aquella época y aun hoy tan sombría, volvió á quedar en silencio. El caballero atravesó un oscuro aunque amplio patio, encajonado entre cuatro portales; subió una ancha escalera hasta llegar á un extenso corredor, en el cual habían formado un jardín, según la profusión de macetones que lo orillaban, cargados de las más exquisitas y hermosas plantas.

Un criado respetuoso, vestido de una librea de color pardo, se presentó ante el caballero, suplicándole le siguiese: hizole penetrar en un suntuoso salón después de haber atravesado una antecámara: el criado se retiró y el caballero se dejó caer en un asiento.

Razón hemos tenido al llamar al salón con el nombre de suntuoso. Era, en efecto, una vasta pieza, que aunque daba á

la calle, estaba, sin embargo, sumergida en una elegante aunque sombría media luz, porque los dos balcones que la iluminaban estaban cerrados y ocultos por un cortinaje de Damasco de seda azul oscuro, atestiguando que muy pocas veces, ó tal vez nunca, se abrían para que los habitantes de esa suntuosa morada contemplasen la calle. Una alfombra de esa tela bordada, que está dando una prueba incontestable de lo contrario á los que niegan la civilización de los chinos, apagaba el ruido de las pisadas: las paredes estaban tapizadas con papel verde oscuro de Persia, sobre cuyo fondo se ostentaban hasta más de seis cuadros de marco dorado y enormes dimensiones, representando la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo. Dos sofás de tela de finísima de Damasco del mismo color azul oscuro del cortinaje, con marco de madera dorada, elevándose á bastante altura en el respaldar hacia la parte media, adornaban los dos extremos del salón. El resto de los muebles, como las sillas, los espejos, las consolas, presentaban ese sobrecargo de molduras doradas tan lujosas, pero tan de mal gusto, á la Luis XV.

No sé qué sentimiento de tristeza ó de terror se apoderaba del ánimo al contemplar aquella habitación tan magnífica, pero tan sombría, que debía estar de acuerdo con los sentimientos de sus ricos

habitantes; aristócratas hastiados acaso de los placeres de la vida y cerrado su corazón á todos los nobles y tiernos afectos. Estas reflexiones cruzaban tal vez por la imaginación del desconocido visitante de aquella misteriosa casa, que como hemos dicho, se había dejado caer con desenfado sobre un sofá, porque después de haber recorrido con miradas oblicuas toda la habitación, inclinó su cabeza sobre el pecho y pareció hundirse en una profunda reflexión.

Ahora que ya ha bajado el emboce que velaba su rostro, examinémosle con detención.

Era un hombre que representaba tener más de treinta años, aunque en su rostro se leían los signos de una vejez precoz por los vicios ó por los pesares. Su tez era extremadamente pálida, pero con esa palidez lívida que da miedo, porque se parece mucho á la palidez del crimen ó de los remordimientos; sus ojos pequeños sombreados por un círculo amoratado, despedían un brillo fosfórico como los de un tigre y lanzaban una mirada oblicua como los de una hiena; su nariz recta, algo ensanchada hacia su extremidad, indicaba según los fisonomistas célebres, una propensión marcada al disimulo; sus labios delgados y blancos parecían una simple incisión hecha en el rostro; sus pómulos salientes y

las protuberancias marcadas de su cabeza revelaban la astucia y la lujuria. Coronaba aquel rostro disimulado una cabellera poco abundante, de color rubio, casi rojo, formando ese peinado peculiar á la Carlos V, y una barba escasa del mismo color. El conjunto de aquella fisonomía, que si no era hermosa, tampoco podía llamarse fea, presentaba un aspecto repugnante y desagradable de contemplar, acaso porque en ella se leía á primera vista la fealdad moral. Sus formas eran robustas y elegantes, su estatura elevada. Vestía el traje de la época; pero con un lujo y esmero exquisitos, que revelaban ó su cuna distinguida, ó sus numerosos bienes de fortuna.

Cerca de diez minutos habían transcurrido desde su llegada, cuando la puerta vidriera que daba á las habitaciones interiores de la casa, se abrió silenciosamente, dando paso á una nueva persona que la volvió á cerrar con precaución.

Al leve ruido que produjo la vidriera al girar sobre sus goznes, y al de los pasos de la persona que se acercaba, alzó el caballero la cabeza, que según hemos dicho, la había inclinado sobre su pecho, sumergido en una profunda meditación.

La persona que se acercaba era una mujer.

Cualquiera otro que el preocupado caballero, tal vez demasiado acostumbrado

á verla, habría lanzado un grito de admiración y sorpresa al contemplar á aquella mujer.

Era, en efecto, una mujer; pero una de esas mujeres hermosísimas á quienes es fuerza amar con fiebre al contemplarlas solamente, una de esas mujeres en quienes la combinación física y moral produce una especie de "ángeles-demonios," capaces de trastornar la cabeza de más sana razón, y de hacer condenar al filósofo más severo y más desengañado, con solo una mirada.

Hay en la tierra una especie de hermosura, que exige ser estudiada con detenimiento, ó comparada con el alma para ser estudiada como tal; pero hay otra que es tan incontestable como la luz y que no permite ser estudiada á sangre fría, porque su contemplación es ya el amor.

La primera es más común, porque es relativa y muchas veces se forma sin existir físicamente: la segunda es muy rara, porque es enteramente absoluta y no se forma, sino que existe.

La primera consiste en la regularidad de las formas ó en la simpatía, y puede ser negada por algunos; pero la segunda, sin consistir en nada, no se puede negar, porque es un hecho.

¿En qué consiste esto? En nada, tal vez en una fábula, pero en una fábula

muy bella, que hace creer en la verdad. De esta última clase de hermosura era la de la mujer que acababa de presentarse en el suntuoso salón de la calle de Capuchinas.

Era una joven que representaba tener de veinte á veintidós años á lo más; la suave blancura de su tez, el brillo de sus divinos ojos, el dulce castaño de sus cabellos, el gracioso corte de su rostro, la pequeñez de su rosada boca, formaban una fisonomía imposible de describir por detalles, una de esas fisonomías de reina, que enloquecen al contemplarlas: lanzaba miradas que hacían caer de rodillas á sus plantas, para suplicar se volvieran á lanzar; reposaba aquella cabeza artística sobre un cuello blanquísimo, con ese blanco particular que toma la nieve de los volcanes á la aproximación del crepúsculo, cuando el sol no la dora ya con sus rayos: sus manos parecían una de las muestras de escultura que presentó Benvenuto Cellini al Rey Francisco I.

Andaba con una oscilación tan majestuosa y tan suave al mismo tiempo, como la que toman á impulsos de los vientos, las anchas hojas de los cañaverales del valle de México; su cintura era tan estrecha, que se hubiera podido abarcar fácilmente con sólo las manos, si aque-

La hermosísima y orgullosa joven hubiera permitido que algún mortal fuese tan dichoso para tocarla de esa manera. En efecto, á primera vista se leía en aquel sublime rostro una expresión de orgullo y altivez que le daba un sello particular, muy semejante al de la estatua de la diosa Juno. Su labio superior algo grueso y ligeramete vuelto hacia arriba, formaba esa sonrisa de desdén peculiar á todos los nobles vástagos de la casa de Austria.

Vestía un lujoso traje de terciopelo escarlata, de corpiño estrecho y escotado por delante, según la moda ya en esta época pasada de la libertina corte del libertino Luis XV; pero velaba lo que la vista hubiera deseado penetrar, una especie de pañoleta de red de plata muy tupida, salpicada de perlas pequeñas, muy semejante á la que poco tiempo antes habían usado en Francia las damas del efímero imperio. En vez de llevar el vestido alto, que permitía ver los pies, como lo llevaban las señoras de la corte americana, lo dejaba arrastrar por el suelo, tanto ó acaso más de lo que hoy le dejan las damas de nuestras capitales: como complemento de aquel traje, se suspendía á su hermoso desnudo brazo, por medio de un anillo de oro, un abanico finísimo de concha y leves plumas con armíño blanco.

Cualquiera al haberla visto en su casa con este lujoso traje de baile ó de corte, habría pensado que la bella joven se había vestido así para esperar al caballero visitante, á fin de desplegar ante su vista todo el brillo de su magnífica hermosura.

Este al verla se puso de pie y por mucha que fuera la costumbre que tenía de contemplarla, ó por mucho que los placeres hubiesen saciado su corazón, no pudo reprimir un movimiento de admiración: su cara naturalmente pálida se coloreó hacia los pómulos por la emoción; sus labios se entreabrieron por una sonrisa infernal, y sus ojos tal clavarse un instante en aquel rostro y aquel seno de alabastro, lanzaron una chispeante mirada de pasión y de deseos.

Pero pudo tal vez ocultar su emoción á la dama, porque se inclinó respetuosamente, haciéndose á un lado para que pasara al sofá.

Esta, después de haberse sentado le hizo seña de hacer lo mismo.

El caballero acercó al sofá un sillón y se sentó.

Los dos se miraron fijamente la cara antes de hablarse.

Cualquiera al haber observado la expresión de sus fisonomías, hubiera creído desde luego, que aquella no era una simple visita en que se iban á tratar asun-

tos indiferentes y diversos, sino que se iba á entablar una lucha entre la bella señora y el respetuoso caballero.

Al cabo de un momento rompió éste el silencio, diciendo con un acento de amor y adulación:

—Me habéis mandado llamar, Doña Regina; y me he apresurado á obedeceros.

—Os he hecho venir, Don Juan, porque tenemos que hablar de asuntos importantes, dijo á su vez la dama, con una voz argentina y vibradora, cuya dulzura estaba sin embargo un tanto templada por un acento de imperio y orgullo.

—Hablemos pues, Doña Regina; pero antes permitidme que os acompañe en el justo duelo que desde hace pocos días os agobia por la sentida muerte de vuestro hermano, continuó el caballero, procurando dar á su rostro naturalmente impasible, una expresión de aflicción que no experimentaba.

—¡Ah! ¿lo sabíais ya?, exclamó la dama, ligeramente conmovida.

—¿Dejo yo acaso de saber alguna vez las cosas que tienen relación con vos, señora?

—Mil gracias, Don Juan.

—¡Oh! bien sabéis que no os lo digo para que me deis las gracias. Pluguiera al cielo, Doña Regina, que no me interesase tanto lo que á vos atañe.

—No se trata ahora de eso, Don Juan,

dijo la joven sin poder reprimir un movimiento de impaciencia; pero después, conociendo tal vez que éste había sido muy marcado, se apresuró á disminuir su intensidad, diciendo con la voz más dulce que pudo al caballero:

—No se trata de eso, mucho agradezco vuestro amor; pero aun no me atrevo á creer en él, y por consiguiente no hablemos más de ello.

—¿No creéis en él, Doña Regina, no creéis en él, y por seguired á América he abandonado patria, amigos, hogar, fortuna, cuanto amaba, en fin, fuera de vos sobre la tierra?, dijo Don Juan con acento de pasión, animado y casi ennoblecido su rostro por el fuego del amor.

—¿Y no se podría hacer todo eso por un capricho de amor propio?, preguntó Doña Regina, con su particular sonrisa de desdén.

—¿Por un capricho de amor propio se sufren acaso las humillaciones de una mujer tan altiva como vos? ¿por un capricho de amor propio, se abandonan todas las dulzuras de las distinciones de la nobleza, para correr detrás de vos á América, como uno de tantos aventureros oscuros que la España arroja á este infernal país? Vos, Doña Regina, que sabéis perfectamente quién soy y el título que llevo; vos que me habéis visto en otros días en España, grande, poderoso

so, considerado, y hoy me veis aquí humillado, despreciado, confundido entre la turba que ignora mi nombre; sois ciertamente la que tenéis menos derecho á expresaros así.

—Veo que ponderáis demasiado el sacrificio; ¿creéisme acaso tan poco digna de todo eso que acabáis de decir, D. Juan?

—No, Doña Regina; por comprar vuestro amor de un momento, me dejaría morir gustoso; pero, os diré también, ¿creéis acaso que vuestro desdén merezca tantos sacrificios?

—Veo, Don Juan, que nos desviamos del objeto, porque pienso que no creeréis que os he llamado para que digáis lo mismo que inútilmente me habéis dicho tantas veces, dijo la cortesana con reconcentrada expresión de altivez.

Don Juan dió un salto al oír tan injuriosas palabras, y mirando á Doña Regina con terribles muestras de cólera y orgullo ofendido, le dijo con tono imperativo:

—No lo creo así, Doña Regina; pero me place que hablemos de ello y siempre de ello.

—Hablemos, pues, de ello, si os place; os concedo un cuarto de hora para esta conversación; pero con la condición que después me consagraréis el tiempo necesario para tratar del negocio á que os he llamado.

—Sea como queréis; pero en ese cuarto de hora vais á escuchar mi resolución definitivamente, al saber lo que por vos he sufrido, dijo Don Juan con una voz que á cualquiera otra que á la bella señora hubiera causado terror; pero ella sólo murmuró con indiferencia:

—Sed, pues, breve en vuestra narración.

—Bien sabéis, Doña Regina, continuó Don Juan, cuál ha sido mi vida antes que os viese por la primera vez: con un nombre distinguido, con inmensos bienes de fortuna, no recuerdo que alguna vez haya dejado de gozar lo que deseé; la sociedad me hastió á los veinticinco años, porque de orgía en orgía, de seducción en seducción, ni pude imaginarme que hubiese mujer que me resistiera, y al verlas tan fáciles y tan á mi alcance, me fastidiaron completamente. Pero una noche, ¿os acordáis, señora? pronto hará cuatro años, fui invitado á un sarao, en el palacio del conde de la Enseñada; con mi desencanto crónico me dirigí á él, porque el barón era uno de mis amigos de prostitución y orgías, á quien había prometido acompañarle siempre en ellas. Llegué; el sarao había comenzado, lo más granado de la corte se encontraba en él; me dejé caer en un sofá, porque una gran parte de aquellas damas habían sido mis pasatiempos de juventud y á todas casi

les había dejado recuerdos más ó menos vivos. Sin querer oí una conversación bastante animada, que llevaban junto á mí dos de esas viejas damas que asisten á las fiestas para cuidar de las jóvenes ó para beber en la fuente de la chismografía.

—¿No la habéis visto, Doña Estrella? decía una de aquellas señoras á su interlocutora.

—Por más que lo he intentado no he podido conseguirlo, porque la rodea una turba de aduladores.

—¡Oh! es muy hermosa, por cierto; nunca había yo visto una mujer tan bella.

—¿Y esta noche es la primera que se presenta en la corte?

—Hace sólo una semana que ha llegado de Francia, y dicen que es descendiente de la noble casa de Austria.

—¿Pero quién la acompaña?

—Nadie, vive enteramente sola con sus criados en un elegante palacio de la calle de Alcalá. Pero vedla, precisamente en este momento danza con el conde de la Ensenada.

—Volví la vista por una simple curiosidad, y os vi, señora.

Don Juan se interrumpió llevando su pañuelo á su frente inundada de sudor, y al cabo de un momento continuó:

—Os vi, con vuestra hermosura de reina, que ni jamás pude imaginarme que

existiera, con vuestro aire de orgullo: Vestíais un traje muy semejante al que ahora lleváis precisamente.

No sé qué pasó por mí al contemplaros tan seductora; todos mis planes de indiferencia se desvanecieron á vuestra vista, y sentí que un vértigo extraño se apoderaba de todo mi sér.

Os seguí con inte ós mientras danzábais, y luego que la pieza que bailabais con el de Ensenada hubo concluido, supliqué á éste me presentase con vos, para solicitar igual favor: me lo concedísteis en atención al título que llevaba, y esperé con impaciencia que la música preludiara la pieza prometida; ese instante llegó y me confundí con vos en el torbellino de parejas: el fuego de vuestros ojos quemó mi corazón, el contacto de vuestra mano magnetizó mi sér, la música de vuestra voz fué á encontrar un eco en mi alma. Cuando salí de allí ya yo os idolatraba, y estaba delirando por vos.

Ya sabéis después lo que ha pasado, Doña Regina; solicité ser presentado en vuestra casa y me recibísteis con frialdad, os revelé mi pasión y me respondísteis sin conmoveros que habiendo dejado en Francia unos amores de corazón, habíais resuelto no amar á nadie, ni casaros jamás: continué mis visitas, porque

me era imposible vivir sin veros y porque esperaba ablandar vuestros rigores con mi constancia; pero me obligasteis con desaires que ni un hombre de la hez del pueblo hubiera soportado, á no volver á repetirlos; pero os seguí como sombra donde quiera que fuisteis, maté á un hombre en un duelo y herí á otro, sólo porque el primero se había atrevido á seguirnos, y el segundo se había permitido expresiones injuriosas acerca de vuestra conducta en Francia. Tuve que vivir oculto para huir de la justicia; pero sabiendo todo lo que os tocabá por mis agentes. Un día supe que dejabais la España para venir á América á uniros con un hermano que amabais, el único paciente que os quedaba en el mundo, y me embarqué en Cádiz para seguirlos. Há seis meses que vivo en este país, oscuro, medio arruinado, respectivamente á lo que poseía en mi patria, y tan despreciado por vos como allá.

Ahora, sabed finalmente, señora, la postrera resolución que ayer precisamente he tomado con respecto á vos, y oídla bien, Doña Regina, porque acaso os interese más de lo que pensáis, exclamó el castellano con acento de profunda firmeza. Perdido ya para todo, fué a de vos en el mundo: dentro de tres meses habéis de ser mía de grado ó por fuerza, de grado ó por fuerza, ¿lo com-

prendéis? Hoy ya no tengo amor por vos, hoy lo que tengo es frenesí, son brutales deseos de poseeros, gozar de vuestra hermosura y morir después: porque, á vos sola os lo digo, como se lo diría á mi confesor, odio la vida, aborrezco á los hombres, sus glorias y sus placeres me hastían; necesito para no morir, las fuertes emociones; quisiera tener remordimientos, y procuro hacer todo el mal que puedo.

Y al decir estas palabras, el pálido caballero se erguía amenazador y horrible de contemplar.

—¿Habéis acabado ya? preguntó con indiferencia Doña Regina.

—Creo que no tengo más que añadir que ya no sepáis, respondió Don Juan.

—Pues oídme sólo dos palabras que voy á deciros, señor Don Juan Enriquez: no es necesario decir más, ni disimular mi oculto pensamiento, porque vos lo comprenderíais al momento; pero nosotros conociéndonos tanto, debemos manifestarnos el uno al otro tal como somos realmente, sin temor.

—Ya os escucho, señora.

—Don Juan, yo estoy tan fastidiada como vos ó más de la vida.

—Lo conozco, Doña Regina.

—Como vos, aborrezco á los hombres y me complazco en hacerles todo el mal que puedo.

—En mí lo estoy experimentando.

—Yo amaba en Francia con todo mi corazón á un hombre, y ese hombre fué muerto por opiniones políticas.

—Lo sé perfectamente, Doña Regina, era el conde de.....

—No es necesario que digáis su nombre.

Le mató un hombre del pueblo, un hombre de la familia de Marat y Robespierre.

—Más tarde nos acordaremos de eso, Don Juan.

—Sea, Doña Regina.

—Vuestra tenaz persecución ha agriado más mi carácter y me ha hecho de peor condición de lo que era en Francia.

—También lo adivino.

—Desciendo de una casa muy noble.

—De la de Austria nada menos y sois parienta de la decapitada reina María Antonieta.

—Sí, casi todos mis descendientes han muerto á manos del pueblo.

—Es cierto.

—El hombre que amaba ha sido asesinado por ese pueblo, sólo porque llevaba el título de barón, y su padre había sido enemigo de Marat, que también le asesinó.

—Pero ese joven había seducido á una hija del pueblo abandonándola después, y su padre la vengó.

—¿Tiene acaso el pueblo derecho para

vengarse de las afrentas de los nobles?

—No le tiene, señora; el pueblo debe sufrir y resignarse: para eso ha nacido miserable y abyecto.

—Un hermano que me quedaba, el único sér que amaba yo sobre la tierra, ha sido asesinado hace pocos días en Guanajuato, por ese mismo pueblo.

—Sí, por esos miserables indios que acaudilla ese Cura Hidalgo, que pretende hacer independiente este país, de la corona de España.

—Muerto mi hermano, han muerto mis últimos buenos instintos y de sus ruinas se ha levantado un sentimiento dominador, terrible.

—¿Puedo saber cuál es?

—La venganza.

—El mismo que me avasalla.

—Tal vez llegaría á amar al hombre que me la proporcionase, ó al menos á admitir su amor.

—Gracias, Doña Regina, creo que nos hemos comprendido por fin.

—Sí, porque vos también aborrecéis al pueblo tanto como yo.

Y los dos personajes se irguieron terribles y amenazadores, permaneciendo un momento en silencio.